

importa, podrían interpretar peor palabras que no estarían en estado de comprender. Ahora, pues, que estamos á solas, voy á daros un consejo, que espero no despreciaréis, por lo mucho que os interesa.

DON RODRIGO

A la verdad, que no alcanzo, señor Virrey, el verdadero sentido que queréis dar á tan retórico circunloquio; pero ya os he dicho que desprecio vuestras amenazas, y espero, á mi vez, que no tendréis el orgullo de creer que vuestros torcidos consejos harán más mella en mi corazón.

EL VIRREY

De todas maneras, oid lo que os quiero aconsejar.

DON RODRIGO

Decid, que os escucho.

EL VIRREY

Vos sois aún muy joven para conocer el mundo y las pasiones tal como son en sí: engañosas y corrompidas. Sois, digo, muy joven, y me desagradaría veros ir al cadalso con la frente serena y con heroica resolución, por una causa indigna de un alma tan noble como la vuestra.

DON RODRIGO

Os he dicho, y os lo repito por última vez, señor Conde de Vergara, que no tengo parte alguna en la conspiración presente, y que esas cartas del Duque de Guisa son una impostura infame.

EL VIRREY

No es de eso de lo que se trata ahora; no son las cartas del Duque, ni la conspiración, la causa indigna de vos, no; puesto que tenéis un tribunal competente que os juzgará, si estáis inocente, como decís; si no habéis conspirado, como aseguráis, nada tenéis que temer de la rectitud de vuestros jueces. De lo que yo quiero hablaros es de esa extranjera.

DON RODRIGO

¡Señor Virrey!

EL VIRREY

¡Oh! Veo que la amáis con toda la sencillez de vuestro corazón y de vuestros veintidós años.

DON RODRIGO

Pues bien: sí; la amo, la idolatro. Hace mucho tiempo que mi existencia no tiene otro halago ni otra esperanza; pero el origen de esta pasión, con cuyo encanto vivo; la razón oculta de mis relaciones misteriosas con esa joven, son un secreto de familia que nadie tiene derecho á escudriñar, y cuya confesión os protesto que no arrancarán á mis labios, ni vuestras amonestaciones, ni vuestra tortura.

EL VIRREY

Estáis trastornado; buen joven, vuestra imaginación fascinada os hace ver esa pasión por un prisma encantado que embellece y perfecciona cuanto toca al objeto que os la alimenta. Pero, creedme, no comprometáis vuestros días, el lustre de vuestro nombre y el reposo de vuestra madre, por una mujer que, abusando de vuestra ciega confianza, os paga muy mal la buena fe con que la entregáis vuestra alma inexperta.

DON RODRIGO

¡Vive Dios, señor Virrey, que los que han calumniado en vuestra presencia á esa infeliz criatura han mentido como villanos!

EL VIRREY

Acordaos de que empleo inmensos caudales en mantener una severa cuanto necesaria policía, cuyos individuos tienen obligación de penetrar hasta los secretos más íntimos de las más obscuras familias. Acordaos de esa mujer, que ha excitado mis sospechas hace algún tiempo, ha sido seguida, espiada por todas partes, de noche y de día, y que no ha dado un paso, no ha

pronunciado una palabra, no ha exhalado un suspiro que no haya venido á retumbar en los oídos del Virrey de Nápoles, quien os asegura que sois víctima de su falsedad.

DON RODRIGO

Penetro todo el veneno de vuestras frases, señor Virrey. Queréis vengaros de la firmeza que os he manifestado, del desprecio que he hecho de vuestras amenazas fiado en mi razón y en la nobleza de la clase á que pertenezco, y queréis emponzoñar mi alma, envolviéndola en las tinieblas de la duda acerca de lo único en que creo y espero después de Dios, en el amor de esa mujer. Pero os habéis equivocado; la conozco más de lo que pensáis; leo en su corazón mejor que vos en el mío, y me atrevo á juraros por las cenizas de mi padre, que no hay en todo Nápoles un solo hombre que pueda jactarse de haber visto el brillo de sus ojos, ni de haber escuchado el encanto de sus palabras.

EL VIRREY

¡Pobre joven! Me dais compasión. ¿Qué diríais si yo os presentara uno cuyos ojos hiciesen bajar los suyos, y cuyo acento hiciera brotar sus lágrimas y caer á sus pies pidiendo misericordia?

DON RODRIGO

Eso es imposible, Virrey.

EL VIRREY

¿Y si no lo fuera?

DON RODRIGO

Repito que es imposible; y si hubiese algún comprado impostor que se atreviese delante de mí á sostener tamaño absurdo, ¡por Dios, que serían las últimas palabras de su vida, porque yo se la arrancaría dondequiera que le encontrara!

EL VIRREY

Pues bien; vos mismo seréis juez en este asusto; voy á mandar que introduzcan á esa mujer en este salón, y veréis,

noble Conde, como no es vuestra presencia lo que más va á sorprender á la señora de vuestros pensamientos. ¡Hola, Diego!

ESCENA VIII

DICHOS y DIEGO

DIEGO

¿Qué mandáis, señor?

EL VIRREY

Haz entrar á esa mujer, acusada como cómplice del noble don Rodrigo de Luz, Conde de Monforte.

(Al Conde.)

Espiad bien el momento en que pase el dintel de esa puerta, y preguntaos á vos mismo á quién de los dos reconoce más pronto.

ESCENA IX

EL VIRREY, D. RODRIGO y ANGELINA

ANGELINA

Señor, si hay en vuestra alma.... ¡Cielos! ¡Amparadme!

(Cae de rodillas á los pies del Virrey.)

DON RODRIGO

¡Ira de Dios! ¡Angelina!

EL VIRREY

Silencio, mancebo; ya veis que hay un hombre en Nápoles que no sólo ha visto el brillo de sus ojos, y oído el encanto de sus palabras, sino delante de quien se avergüenza y se postra.

ANGELINA

¡Señor Virrey!

EL VIRREY

Silencio digo. Y ¿sabéis, joven, por qué se humilla delante de otro que vos? Pues sabed que otro además de vos es víctima de sus engaños, porque esta señora ha ju-

rado delante de otro que un voto indisoluble la prohibía oír las palabras de ningún hombre, y esto, ya podéis conocer, buen don Rodrigo de Luz, Conde de Monforte, que es renegar de vuestro amor en presencia del Virrey de Nápoles.

ANGELINA

No, señor Virrey; mil veces no.

EL VIRREY

Haréis muy mal en dar crédito á sus voces; será muy capaz de renegar hasta de sí misma.

DON RODRIGO

Dime, Angelina; dime, por piedad, que ese hombre está loco, que lo que dice es un sueño; dime que no le conoces, que no le has visto jamás.

EL VIRREY

¡Oh! Eso sí que no podrá negarlo.

ANGELINA

Yo no sé mentir: le he visto.

EL VIRREY

Y hablado, señor Monforte. ¡Hola!

DON RODRIGO

Un momento, señor Virrey; un momento, por cuanto caro tengáis en el universo.

EL VIRREY

¿Qué queréis?

DON RODRIGO

Un instante de explicación acerca de lo que acabo de oír. ¡Oh! Una hora de esta angustiosa incertidumbre me ahogaría; os lo aseguro.

ESCENA X

DIEGO y guardias.

EL VIRREY

Guardad en el aposento inmediato á este noble joven.

DON RODRIGO

Conde de Vergara, tenéis un corazón de hiena, y os digo que sois un vil y un miserable.

ANGELINA

¡Perdón, señor, perdón!

EL VIRREY

(Á Angelina.)

Apartad. (Á D. Rodrigo.) La explicación que me pedís voy á tenerla yo con esta dama, y de sus respuestas depende vuestra salvación y vuestra existencia. Id, pues, señor Monforte, á esperar vuestra sentencia, favorable ó contraria, en el vecino aposento, donde os serán comunicadas las órdenes del Virrey.

ESCENA XI

EL VIRREY y ANGELINA

ANGELINA

Perdonad, señor, si os callé la verdad. Los cielos me son testigos de que mi intento no fué jamás engañaros; pero había jurado guardar silencio. ¿A qué negároslo, señor? Yo veía que me seguiais por todas partes; oía por las noches las canciones de vuestros músicos al pie de mis ventanas; os encontraba siempre inmóvil y apoyado en el macizo pilar de Nuestra Señora la *Incoronata*, y no se me ocultaba que vuestros ojos estaban devorando los míos por cima de vuestro embozo y á través de mi espeso velo. Pero yo no podía corresponderos; y viendo que mi indiferencia nada podía con vos, que habíais venido dos veces con sacrilega audacia á arrodillaros á mi lado, para dejar caer en mis oídos vuestras tentadoras palabras, dejé de ir al templo, y me pasé los días y las noches encerrada en mi aposento, sin poder llegar al altar de Nuestra Señora á rogar por mi anciano padre. ¡Ah! Todo lo sacrificué, porque siempre aguardaba que vuestro amor....

EL VIRREY

¡Mi amor, miserable criatura! Mi amor ha crecido con el tiempo, sí; lo que fué una chispa inflamada al soplo de un pasajero capricho, es hoy una hoguera que llena todo mi corazón, una hoguera inmensa que tus palabras atizan con otro fuego más devorador, el de los celos. ¡Miserable! ¡Me hablabas de un voto que te prohibía escuchar las palabras de los hombres, y bajo tu mismo techo ocultabas, doblemente pérfida, un galán preferido y un enemigo del Estado!

ANGELINA

Llenadme de injurias, señor; descargad sobre mí toda vuestra cólera; yo no imploro vuestra misericordia más que para él. Os juro mil veces, por la Virgen María, que es inocente. Uno de los esbirros que asaltaron esta mañana nuestra casa, puso bajo su almohada unos papeles que supuso ser cartas que le acusaban de conspirador. Pero es una infame falsedad, porque yo las vi sacar de su jubón antes de ponerlas en nuestro lecho. ¡Oh! Yo no soy más que una infeliz mujer; pero si vos no dais crédito á mis palabras, sabré repetir las en alta voz delante de todo el mundo.

EL VIRREY

Y nadie te creará, porque estás acusada de ser su cómplice, y porque aunque todos estuvieran convencidos de su verdad, todos saben que es nulo el testimonio de las cortesanas; y tus lágrimas, tus juramentos y tus súplicas no harían más que agravar la mala causa de tu amante.

ANGELINA

Y ¿qué habéis visto en mí, señor Virrey, para tomarme por una vil cortesana? ¿Qué razones habéis hallado para aplicarme título tan afrentoso? ¿Será acaso porque mi velo es tres veces más espeso que el de las doncellas napolitanas? ¿Será porque siempre me he presentado en público vestida de luto y acompañada de un viejo escudero, cuya librea no deja dudar de la no-

bleza de mi sangre? ¿Ó será porque mis oídos, señor Conde, han estado siempre cerrados á vuestras amorosas propuestas? ¡Por vida mía! Meditad mejor vuestras palabras cuando toquen á la reputación de las mujeres, porque daréis á conocer que sois un torpe libertino, y os arriesgáis á equivocarse, como ahora, con una impúdica cortesana á la Condesa de Monforte, que os desprecia demasiado para no escupiros á la cara por el baldón que acabáis de hacerla.

EL VIRREY

¡Vos Condesa de Monforte!

ANGELINA

Sí, señor Virrey; esposa de don Rodrigo.

EL VIRREY

¡Su esposa! ¡Oh! Circunstancia es ésta que no le librará del cadalso.

ANGELINA

¡Perdón, perdón! Olvidad, señor, mis palabras, como yo olvidaré vuestra injuria. Pero os protesto que Rodrigo es inocente; que no ha urdido jamás conspiración alguna. ¿Qué tiene de común un noble como él con esa turba de miserables pescadores? Escuchadme, señor; quiero revelároslo todo, porque al fin es fuerza que lo sepáis para que nos hagáis justicia. ¡Hemos sido tan desdichados!

EL VIRREY

¿Vas á darme algunas noticias de los demás jefes de esa conspiración?

ANGELINA

¡Ah! Nada sé de eso, señor. ¿No os he dicho ya que somos inocentes? Monforte ha vivido mucho tiempo lejos de su país. ¡Oh! Es una historia completa. Si os dignáis oírme un momento, os convenceréis de nuestra inocencia. Yo perdí á mi madre cuando salí á la luz del mundo, y soy española como vos.

EL VIRREY

¡Española!

ANGELINA

Sí; recibía mi educación lejos de mi padre, en un convento de Sevilla. Allí, á través de las celosías y de las rejas, penetraron los ojos y los suspiros de un gallardo mancebo que venía todos los días á nuestros oficios. Supe que era desgraciado, y que todos sus votos se dirigían á suplicar al cielo que le permitiese volver á su patria y abrazar á su pobre madre, que le lloraba....., y la compasión hizo lugar al amor, y el amor me precipitó en brazos de la locura. Amé á Monforte, señor, y cuando obtuvo licencia para volver á su país, no tuve valor para renunciar á su cariño, y huí con él. No quiero contaros los trabajos que sufrimos, mis remordimientos, mi afán, los medios que tuvimos que adoptar..... ¡Perdonadme, Dios mío, tan vergonzosa confesión!

EL VIRREY

Continuad, continuad.

ANGELINA

Anduvimos errantes noche y día como delincuentes perseguidos por la maldición divina, y el miedo, la fatiga y los remordimientos alteraron mi salud de tal manera, que me vi á las puertas de la muerte. Conmovido de mi deplorable estado, nos recogió en su casa, con evangélica piedad, un sacerdote de una escondida aldea; y advertida de que llegaba el término de mis días, escribí á mi padre una carta rogándole que me perdonase; encerré dentro de ella una trenza de mis cabellos, y supliqué al sacerdote que se la remitiese por mano desconocida, á fin de que nunca supiese mi padre la espantosa miseria en que moría, y al menos no maldijese mi memoria sobre mi sepulcro. Hízolo así el buen eclesiástico; mas el cielo dispuso que yo recobrará mi salud, y antes de volver á emprender nuestro viaje, escuchó nuestra confesión y bendijo nuestro himeneo. Seguí á mi esposo, y no he querido desengañar á mi padre, que me crea muerta, porque juró vengarse cruel-

mente de mi pobre Rodrigo. Esta es mi historia, señor, y he aquí por qué nos ocultábamos en las sombras del misterio..... Y, sin embargo, yo adoro á mi padre, y me atrevo, por fin, á hacer os una súplica postera.

EL VIRREY

¿Cuál es?

ANGELINA

Que me devuelvan su retrato, que me fué arrancado del cuello esta mañana por uno de vuestros agentes, cuando sorprendieron nuestra casa. Si así lo hacéis, rogaré por vos, como lo hago por él todas las tardes, en el templo de la *Incoronata*, donde me visteis por primera vez. Ya sabéis, pues, quién somos; ya veis que ninguna parte tenemos en las revueltas de este país, que somos inocentes; servíos, pues, mandar dar libertad á Rodrigo, que por este servicio, si necesario fuese, morirá lidiando por vos, aunque sea contra sus mismos conciudadanos de Nápoles.

EL VIRREY

Pues bien; ya que eres la esposa de Monforte, yo te perdono.....

ANGELINA

¡Oh! ¿Cómo pagaros, señor, vuestra generosidad?

EL VIRREY

Poniéndote bajo mi protección.

ANGELINA

¡No, jamás!

EL VIRREY

Con esa condición podrá disponer de un barco que le conducirá esta noche muy lejos de aquí; de otro modo, mandaré al punto reunir el tribunal secreto, y, falsas ó verdaderas, las cartas del Duque de Guisa le llevarán á morir en el cadalso.

ANGELINA

¡Hombre vil! ¿Para eso me escuchaste con sangre fría la historia de nuestras desventuras?

EL VIRREY

Elige, pues.

ANGELINA

No, no, mil veces no; primero consentiré en que rueden nuestras cabezas, escarnecidas por la hez del populacho.

EL VIRREY

Sea.—Diego.....

ESCENA XII

ANGELINA, EL VIRREY y DIEGO

EL VIRREY

Conduce á esta mujer á uno de los calabozos interiores de este palacio, y guárdame en otro distinto á ese mancebo.

ANGELINA

¡Monstruo! ¡Caiga sobre tí la ira del cielo!

EL VIRREY

Basta. Diego, haz que dentro de una hora se reúna el Consejo secreto en este mismo salón. Esta hora os doy de término; pensadlo bien, Condesa de Monforte.

(Vase.)

ESCENA XIII

ANGELINA, DIEGO y guardias. Los guardias la conducen en medio de ellos hacia la puerta secreta de la izquierda; al salir, la voz de Diego les detiene, y la escuchan.

DIEGO

Conducidla con todo el miramiento de que seáis capaces, á la prisión más cómoda del palacio. Y cuenta con que os atreváis ni á dirigirla la palabra, porque os haré clavar la lengua en la puerta de su calabozo. Id.

ESCENA XIV

DIEGO y D. RODRIGO, que se presenta á una seña de Diego.

DIEGO

Venid, joven,

DON RODRIGO

¿Adónde vamos?

DIEGO

A los calabozos de palacio. Pero desarrugad el ceño que entolda vuestras miradas, y escuchadme antes un breve instante.

DON RODRIGO

¿Qué quieres de mí, ¡miserable!

DIEGO

Quiero sacaros de un error, para consuelo de vuestra alma; quiero daros una pauta segura para que conozcáis á vuestros amigos, y los distingáis de los que no lo son.

DON RODRIGO

Yo desprecio la amistad de gentes tan infames como los esbirros del Virrey de Nápoles.

DIEGO

Poco á poco, caballero; poco á poco. Es verdad que yo soy quien os ha arrestado; pero olvidáis que no os he faltado á la consideración que merecéis, y que he permitido que me llenéis de ultrajes, y no he hecho caso de las amenazas que habéis fulminado á mis gentes. Además, he escoltado hasta palacio á esa joven á quien amáis, más bien como á una imagen que se lleva en procesión, que como á una acusada que se conduce á un tribunal. Bien sé que sois inocentes, y lo sé tanto mejor, cuanto que conozco al individuo que introdujo al despertaros, bajo vuestra almohada, unas cartas del Duque de Guisa, cuyas cartas llevaba bajo su jubón el individuo de quien os hablo.

DON RODRIGO

Y ¿quién es ¡vive Dios! el villano que imaginó tan ruin calumnia?

DIEGO

Yo, señor mancebo; yo mismo.

DON RODRIGO

¡Tú!

DIEGO

Escuchadme, señor Monforte, y después seréis dueño de estrechar ó de no admitir la mano amiga que vengo á tenderos. El Virrey ha encontrado á vuestra esposa dos veces en el templo de la *Incoronata*. A beneficio de su disfraz la habló él mismo estas dos veces. La primera fué despedido con severidad; la segunda, viendo á aquel hombre obstinado en perseguirla, y temiendo que lo supieseis vos, le hizo saber que un voto indisoluble la impedía escuchar la voz de los hombres. Todo lo demás que el Virrey os haya querido hacer creer con respecto á sus relaciones con ella, es una solemne mentira.

DON RODRIGO

¡Ah! Dios os premie, buen hombre, la paz que vuestras palabras vuelven á mi corazón.

DIEGO

Oid. El Virrey creía ser él solo poseedor de este secreto; se imaginaba que su disfraz le ponía á salvo de todos los ojos, y que todo el mundo ignoraba sus nocturnas excursiones y las músicas que pagaba como un vulgar galanteador; pero se engañaba. Yo le he seguido como una sombra; me he arrastrado como una culebra por las calles más solitarias; he trepado como una astuta zorra por las paredes y las escalinatas de los jardines y de los palacios, y me he agazapado como un hurón entre los confesonarios de la *Incoronata*, y todo lo he visto, todo lo he oído..., y le he probado, bien á su costa, que ha tenido mucha razón en elegirme para su espía favorito.

DON RODRIGO

Concluid, que me tenéis impaciente y no comprendo....

DIEGO

Ahora bien: respondedme francamente á la pregunta que voy á haceros. Cuando, hace dos años, el Virrey insultó á las mujeres del pueblo, el pueblo pegó fuego á su palacio y degolló la mitad de su guardia; ahora que el Virrey ha insultado á las mujeres de los nobles, ¿que harán los nobles á su vez?

DON RODRIGO

¿Adónde vais á parar?

DIEGO

Yo detesto al Virrey con mis cinco sentidos; pero si mi boca os hubiera dicho ayer: «Conde de Monforte, el Virrey trata de robaros vuestra esposa», me hubierais contestado que mentía como un bellaco. Si os hubiera dicho: «Conspirad con nosotros para derrocar al Virrey», me hubierais denunciado antes que uniros á la plebe. He adoptado, pues, otro medio más seguro: el de denunciaros yo mismo á vos. El tribunal se reúne aquí mismo dentro de una hora, y el Virrey obtendrá, sin duda, vuestra condena, porque está ciego por vuestra mujer. Ahora, Conde de Monforte, ¿queréis uniros á la plebe para derrocar al Virrey?

DON RODRIGO

Y ¿quién me responde de ti?

DIEGO

Os daré la libertad.

DON RODRIGO

¿Y á Angelina?

DIEGO

¡Oh! Esa me quedará en rehenes, para responderme á su vez de vos.

DON RODRIGO

No quiero: ó los dos, ó nadie.

DIEGO

Pues bien; escribid una carta á vuestra madre, que está en Nápoles. Decidla que el Virrey ha atropellado los fueros de la nobleza, y ha atentado al honor de vuestra esposa. Yo me encargo de hacerla llegar á sus manos y á las del cardenal Mazarino, y todos los nobles se alarmarán, y la conjuración, mal ahogada por mí en la noche anterior, fermentará sordamente, robustecida por la nobleza, y estallará dentro de pocas horas para salvaros, tomando la vida del Virrey en venganza de la vuestra. ¿Dudáis? Veo que no tenéis fe en mi resolución, porque ignoráis las razones que tengo para odiar al Virrey. Pues bien; yo soy español como él, y tenía una mujer como vos la tenéis ahora; él la vió como ha visto á la vuestra....

DON RODRIGO

Basta: ¿cuándo he de escribir esa carta?

DIEGO

Ahora mismo, en vuestro calabozo.

DON RODRIGO

¿Cuándo estará en poder de mi madre?

DIEGO

Dentro de diez minutos.

DON RODRIGO

Vamos; pero si me vendes, Dios será mi vengador.

DIEGO

Os daré todavía otra seguridad.

DON RODRIGO

¿Cuál?

DIEGO

Pondré á vuestra mujer en vuestro mismo calabozo, hasta que traigan la respuesta del Cardenal.

DON RODRIGO

Acepto, y toma.

(Le tiende la mano.)

DIEGO

Apretad, y vamos. (Y mañana, señor Virrey, amanecerá Dios y medraremos.)

(Diego conduce á D. Rodrigo por la misma puerta por donde llevaron á Angelina.)



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO